

Directorio

Dr. Reyes Tamez Guerra  
Rector de la UANL

Dr. Luis Galán Wong  
Secretario General

Ing. José Antonio González Treviño  
Secretario Académico

Ing. Jaime César Vallejo Salinas  
Director Preparatoria Núm. 16

Lic. Ernesto Castillo Ramírez  
Coordinador Editorial.

Diseño de portada e ilustración  
Baldomero Hernández

## Presentación

La cultura que se genera en la Universidad Autónoma de Nuevo León se construye, principalmente, entre todos los universitarios. Esa premisa nos permite señalar que como autoridades universitarias solamente nos resta apoyar las diferentes inquietudes artísticas, y de esa manera, estamos cumpliendo con la labor institucional, aún más, alentamos una de las razones de ser de nuestra máxima casa de estudios: la creatividad.

No es novedad que nuestra escuela preparatoria Núm. 16 fomente el conocimiento de divulgación científico y artístico. La comunidad universitaria se enteró y estuvo al tanto del ciclo de conferencias sobre el SIDA, de las ponencias en el año de Monterrey 400; de las distintas exposiciones de pintura, de los primeros lugares obtenidos en los encuentros de teatro y danza, así como el concurso de Literatura Interpreparatorias de la UANL, ahora en su sexto año.

Promover e imprimir la producción de los maestro que escriben ensayo, cuento y otros géneros también ha sido una práctica constante. Sabemos que la calidad de escritura que producen algunos de nuestros docentes es de nivel y competitiva en el medio

en forma de cruz bendijo cuatro veces la silueta del carro que se alejaba.

- Dios te bendiga Herminia, - le dijo.

Agobiada por una enfermedad, Santitos de León, aún tiene viva en sus ojos húmedos la imagen triste de aquella despedida.

Doña Herminia nunca volvió a su barrio querido; tres meses después, Enrique regresó para avisar que la anciana murió e iba a disponer de todos sus bienes. Es un misterio el lugar donde yacen los restos de doña Herminia, nunca informó la ubicación de la tumba ni el panteón de su última morada.

Ese día los vecinos pasaron del dolor a la rabia, al ver a Enrique quemar en una hoguera los recuerdos más preciados de la anciana, y estuvieron a punto de lincharlo cuando arrojó al fuego un cuadro de la virgen de Guadalupe y otro del Sagrado Corazón, que doña Herminia tenía en sus nichos.

- Soy protestante y no creo en esas supercherías, -gritó.- Pero el pueblo se contuvo, gracias a la doctrina del perdón y el amor del prójimo que los misioneros inculcaron a sus ancestros en la misión evangelizadora que los llevó hasta esas tierras.

Doña Herminia llegó a la Estación de Villaldama después de la Revolución siendo apenas

una niña y porque su padre abandonó su natal Saltillo, en busca de fortuna.

Su padre, Aurelio Acuña, llegó atraído por la fiebre de plata que despertó el nuevo descubrimiento de vetas, en el cerro de Minas Viejas. Traía el dinero suficiente para iniciar una nueva vida, pero sobre todo el orgullo de ser familiar del poeta Manuel Acuña, el cual alcanzaba reconocimiento nacional con su "Nocturno a Rosario".

De inmediato compró un solar, edificó un caserón e instaló una tienda de abarrotes, que en poco tiempo se convirtió en el más importante centro comercial de la región. Los mineros conseguían ahí sus herramientas, overoles, despensa, estampillas y sobres para mantener comunicación con sus seres queridos. Los labriegos iban por semilla y café para sus noches de campiña y las mujeres encontraban rebozos, almidón para las camisas de sus hombres, planchas de brasas y listones para tejer sus trenzas.

Así creció la pequeña, cargada en los brazos de su madre, quien no se daba abasto para atender a la clientela, ni cumplir eficazmente con su misión maternal. Sus padres estaban tan ocupados en la tarea de acumular riquezas y no tuvieron tiempo para darle un hermanito. Poco a poco una buena parte de los terrenos del barrio pasaron a manos de su padre, por eso cuando ella cumplió seis años, Aurelio Acuña

donó un predio para que ahí se construyera la primera escuela primaria con que contó la Estación de Villaldama. La Señora, Joaquina Rodríguez Chávez, se encargó de juntar firmas y hacer las gestiones ante el Municipio y el Gobierno Estatal, logrando que se asignara presupuesto para la contratación de profesores. Con la ayuda de la gente del barrio que aportó la mano de obra, surgió la escuela construida con paredes de adobe y techo de madera cubierto con palma. Los maestros impartían clases a grupos mixtos de distintos grados. En sus aulas doña Herminia cursó la instrucción primaria.

- En esa escuela acudí a mi primero y segundo año, y en el árbol cubreviento del patio, mi hermano Alberto se quebró el brazo derecho al intentar igualar las hazañas de Tawa, un héroe selvático que nos llegaba por revista.

Fue en ese tiempo cuando conocí a doña Herminia, para entonces sus músculos ya colgaban de sus brazos, sus ojos exigían lentes, su cabellera era blanca y su cintura había perdido las medidas de su juventud. Eran los últimos años de su vida, pero el tiempo no pudo borrar de su rostro los rasgos bellos de mocedad. Creció tan bella que nadie tuvo el valor de pretenderla por temor a un rechazo. Al morir sus padres, quiso aliviar su soledad y aceptó las caricias de un extraño al pueblo que al poco tiempo la abandonó en la más completa ruina. En aquel tiempo

aún ignoraba su desdicha, de modo que diariamente acudía a su tienda al salir de la escuela. Ella me enseñó el valor del intercambio en una economía en que ya circulaban las monedas. Dejaba los libros en el mostrador e inmediatamente me encargaba una importante misión: atrapar chapulines. Salía del comercio montado en una rama de mezquite, era un corcel imaginario y a toda velocidad perseguía a las langostas hasta darles muerte. Luego los depositaba en una bolsa para llevarlos prisioneros. Los entregaba a doña Herminia y a cambio me daba un montón de dulces. Los chapulines eran el platillo favorito de un perico parlanchín que era su fiel compañero. El perico deambulaba de un lado a otro a lo largo del mostrador, engullía los chapulines y no contento con eso, continuaba su dieta comiendo maíz quebrado que tomaba de un plato de peltre que de tanta caída, tenía sus bordes cacarizos. Satisfecha la gula, volaba a la parte frontal de la tienda y de ahí a un árbol de mimbre a retozar en las ramas.

La tienda estaba impregnada de los más variados olores, pues aparte de los abarrotos, doña Herminia tuvo la visión de elaborar coronas para tumbas de muertos, en un intento por recobrar la fortuna perdida. De modo que olía a papel, tinta, cera, escarcha, engrudo y alambre recocado, mismos que al caer en forma de hojas y flores en los moldes ardientes de acero, despedían un olor extraño y aromático. En la tarea de elaborar coronas, doña

Herminia se asoció con Simón Hernández, y ocupó a Josefina Ramírez, Teresa Ramírez, Juanita Elizaldi, Martha Reyes y Candelaria Pérez. Veía a las muchachas trabajar, pero no les daba importancia, gozaba admirando las piruetas del perico y lo escuchaba imitar los toques de corneta de la banda de guerra y gritarles piropos a solteras y casadas.

Pronto la escuela cedió al paso del tiempo, los adobes comenzaron a desmoronarse y la madera del techo a pudrirse con las filtraciones de agua. La gente se movilizó y pronto el Gobierno del Estado construyó otra escuela, pero ahora con paredes de concreto y techo de asbesto. Sus ventanas son metálicas en sus perímetros y la luz del día lucha por atravesar los cuadros de fibra del plástico de color verde que llevan impresos los retratos pintados a mano de los padres de la Patria. Esta escuela aún existe y lleva el nombre de "Don Aurelio Acuña", en honor a ese precursor de la educación en el barrio.

Al terminar mi tercer año de primaria, mi familia emigró a Monterrey en la búsqueda de una vida mejor. No tuve valor para despedirme de doña Herminia ni para enfrentar el adiós del perico, a quien los niños habíamos bautizado con el nombre de *Jarro*, para tener con qué identificarlo. Al caminar rumbo a la Estación tuve el impulso de quedarme, aferrándome a las faldas de mi abuela materna, Atilana de León, cuya familia se quedaba en el pueblo

a la espera de tiempos mejores. Mi padre me arrancó de su lado y me llevó hasta el andén donde ya esperaba el tren de pasajeros. La gente vendía lonches de cabrito, tacos de harina y paletas. Al abordar el tren, *La Marrana*, aún recuerdo el doloroso ¡Vamonoooo! que gritó el conductor. Pronto se escuchó el silbato, el tren se puso en movimiento y desde la ventana del vagón, observé a *Jarro* encaramado en lo alto del árbol de mimbre, aleteando en las cumbres de su tristeza.

Muchos años después, cuando terminé mis estudios profesionales, descubrí que el árbol que crece alto es por la fuerza de sus raíces, ya que éstas lo alimentan para que pueda crecer y lo sostienen para que no caiga ante la fuerza de los vendavales. Entonces regresé al barrio y junto con mis hermanos rescaté el solar donde nacimos. Ya no había cerca, el jacal que habitamos de niños desapareció, docenas de nopales, chaparros, hierbas y mezquites, cubrían las áreas de juego donde esbozamos nuestras primeras sonrisas.

Rápidamente desmontamos, cercamos e iniciamos la reconstrucción de lo que fue nuestro hogar. Dentro de la reflexión que me hizo regresar al lugar en donde yacen nuestros ombligos, encontré que lo único que realmente nos pertenece es nuestro barrio, ese espacio donde nacimos, crecimos, pronunciamos nuestras primeras palabras y sobre

todo, donde nos enseñaron lo más importante: nuestros valores.

Cuando volví al barrio, me enteré que Enrique Acuña despidió a los trabajadores sin ninguna liquidación, despojó a Simón Hernández de todos sus ahorros, alegando que eran producto de la venta de la tienda. Cometió con este acto la peor injusticia de que se tenga memoria en la Estación.

- Yo le mostré las cuentas que llevaba y le daba la parte que pertenecía a doña Herminia, pero no me hizo caso, se quedó con todo, - me explicó Simón.

No contento con eso, Enrique vendió toda la herramienta a pesar de que era propiedad de Simón y todos los bienes que pertenecían a doña Herminia. Cajas de monedas antiguas, joyas de sus antepasados, muebles y enseres domésticos pasaron por sus manos para convertirlos en dinero constante y sonante. Cuando la casa quedó vacía, Enrique tomó al perico entre sus manos y lo lanzó a la calle; *Jarro* voló de árbol en árbol, pero no pudo soportar las inclemencias del mundo primitivo, después de años de vida doméstica en la que participé capturando chapulines para saciar su apetito. Un día regresó en busca de alimento y cayó de lo alto de una chimenea a los leños en llamas donde preparaban alimentos. Como los recuerdos más queridos de doña Herminia, *Jarro* terminó sus días ardiendo en una hoguera. En el barrio de la Estación recordamos con cariño a doña

Herminia, quien nos dejó un ejemplo de lucha ante la adversidad. Y en mi alma de niño, aún está presente la muerte de *Jarro*.

La tragedia pareció envolver a todos los que convivieron con doña Herminia, como si a su muerte hubieran heredado un destino común: la soledad. Encargado del área de elaboración de coronas, Simón Hernández se enamoró de Candelaria Pérez, a quien sus compañeras de trabajo le impusieron el sobrenombre de *Calaya*. Al principio fue correspondido, pero después de un hermoso romance su relación terminó dejando un enigma que nadie puede explicar. *Calaya* adoptó como estado civil la soltería y así siguió hasta su muerte. Simón retó al destino y se casó con Felicitas de León, sin embargo, a los pocos años de casados, cuando se disponía a darle su segunda hija, ella murió en el trabajo de parto dejándolo con sus pequeñas a las que llamó Ana y Elva; ésta última fue criada por sus suegros Cecilio de León y su esposa Ceferina. Pero Simón estaba dispuesto a no dejarse vencer por la soledad y al poco tiempo se casó con María de León, con quien procreó a su hija Armandina. Su nueva mujer tuvo el mismo destino de su antecesora, con quien la unían lazos de sangre, eran primas hermanas, también murió

Simón tuvo que resignarse a su destino. El cariño de sus hijas lo hicieron salir adelante y se sobrepuso a la quiebra económica en que lo dejó

Enrique Acuña al despojarlo de sus ahorros, herramientas y solar. Adquirió nuevos instrumentos de trabajo y comenzó de nuevo el negocio, con la elaboración de ofrendas de muertos. Simón Hernández fue el más longevo del barrio, de tal manera que guardaba en su memoria la mayor parte de la historia del poblado.

De niño sirvió de ayudante a un grupo de inmigrantes chinos que llegaron a la Estación de Villaldama, en la jauja de la explotación de minerales en lo que antes fue el Real de Minas de San Pedro Boca de Leones. Los orientales instalaron un hotel cercano al área de fundición, donde cuatro hornos altos servían de atalaya para divisar el horizonte. Conoció a las primeras cuadrillas de alemanes que una compañía minera de Nueva York contrató para instalar una enorme planta eléctrica, que energizó la parte del barrio que hoy se conoce como Hacienda San Pedro y en la cual no quedan vestigios de lo que fue un importante centro minero.

El único recuerdo de aquellos tiempos de bonanza que conserva el museo de Villaldama, es un trencito minero que recorría veinticuatro kilómetros de la fundición a las bocaminas del cerro de minas viejas y cuyo primer maquinista fue Ascensión Chón Alejandro. Sobrevive también una mujer que en la actualidad cuenta con fama internacional: Toña Bustamante. Ella nació con el don de curar gente, con

sólo tocar a las personas e incluirlas en sus rezos. Pero en aquella época Toña ignoraba que estaba predestinada a servir de oasis entre el bien y el mal, y se enlistó de cocinera para dar alimento a cientos de mineros locales y foráneos, que buscaban fortuna horadando las entrañas del cerro. Un día fui a buscarla para saber la historia de su vida.

-¿Cómo obtuvo ese don de curar gente?- le pregunté -Es que hablé al primer minuto de nacida, -contestó, mientras docenas de personas esperaban ser atendidas.

Prometí volver, no he regresado.

Pero Simón Hernández nunca acudió a curanderos, ni fetiches para cambiar su suerte y murió de edad el mes de marzo de mil novecientos noventa y seis, abatido por una afección estomacal, que llegó en forma de cólico y destruyó sus entrañas. Sus hijas Ana y Elva, con sus vidas bien hechas, viajaron de distintos puntos del país para acompañarlo en sus últimos momentos. Con él encontraron a Armandina, *Mandy*, quien se mantuvo a su lado en el pueblo y lo cuidó hasta el último día de su vida. La gente del pueblo acudió a su humilde vivienda, llevando viandas para las visitas, consuelo para los deudos y rezos para el eterno descanso de su alma. La noche en que lo velaron, Juan Garza, un profesor que encontró en el alcohol el alivio para sus penas, se mantuvo abrazando al féretro de Simón, llorando a grito

abierto y pidiendo que lo enterraran también a él. -Era mi más grande amigo,- gritaba. Alguien pensó que aquella escena rompía el orden del lugar y lo cargaron en vilo hasta los bajos de un puente del ferrocarril, donde permaneció acostado en las profundidades de la inconsciencia. Frente a él pasó el cuerpo inerte de su mejor amigo, pero no se dio cuenta, debido a su etílica intoxicación. Despertó un día después y apenado visitó a cada uno de los dolientes.

- Ustedes perdonen, pero en verdad lo quería mucho,  
- se disculpó.

En la misa de cuerpo presente de Simón Hernández la iglesia lució llena, cientos de gente siguieron el curso de su carroza caminando de la iglesia al panteón, por casi cuatro kilómetros. Cuando sus deudos lanzaron flores y derramaron tierra sobre su tumba, sepultaron también la memoria del barrio.

Simón Hernández iluminaba mi camino en la construcción de estas historias, me ayudaba a tejer las imágenes que aparecían en mi mente, cuando me veía dar arañazos a una realidad que como fantasma se perdía en la bruma del tiempo. Fue un amigo ejemplar no sólo para mí, sino para toda la gente del barrio que aún llora su partida y lo recuerda con cariño.

Esta idea de escribir las historias de los personajes más populares de mi barrio, la heredé de mi padre. Por la noche nos sentábamos afuera del

jacal a escuchar las aventuras de sus antepasados en época de la revolución, tiempos en que luchar por un ideal significaba ofrendar la vida.

Sin más iluminación que la luz de la luna o el destello intermitente de las luciérnagas, hacíamos volar nuestra imaginación. Pasábamos de escenarios de carrilleras, pólvora y sangre a conjuros de nudos de ida y vuelta, para atrapar a brujas malévolas que amenazan con hechizar a los niños traviesos o a las mujeres más bellas.

En aquel entonces no había electricidad, nuestros cuartos se iluminaban con la luz de un quinqué o una lámpara de petróleo y mecha. Los mosquitos eran expulsados por el humo que despedía el excremento seco de las recuas. Lo único que alteraba la tranquilidad del barrio eran las avionetas publicitarias, que frecuentemente derramaban papeles anunciando los nuevos productos y sus maravillas. De niños corríamos tras aquellos aparatos voladores, para atrapar los volantes, que muchas veces quedaban incrustados en las espinas de las ramas altas de los mezquites y huizaches. Fue así como los grandes comerciantes empezaron a invadir la zona rural. De pronto las tiendas del barrio se vieron atestadas de cafés solubles con cupones, jabones con la imagen de un personaje rapado al que yo confundía con un genio de la lámpara de aladino, refrescos bimbo tamaño gigante y pistolas con parque de tiras de pólvora, al

que los niños bautizamos con el nombre de saltapericos.

De pronto apareció en nuestra casa un radio. De su interior brotaban las voces de seres lejanos que entonaban canciones y daban noticias de un mundo ajeno al nuestro, o bien anunciaban baratas o narraban historias de personajes campiranos luchando contra la injusticia. Sufrimos con las aventuras de "El ojo de vidrio" y la cruel víbora coralillo y gozamos con las hazañas de Felipe Reyes, *el justiciero*. Muchas veces acabamos frustrados por no tener a la mano un medio para contestar las preguntas del *Doctor IQ*, por no poder participar en los concursos de la *Hora del Cochinito*. Poco a poco perdimos la comunicación con nuestros padres y nos doblegamos al influjo de las nuevas tecnologías. Después siguió la televisión y ahora la mayor parte de las casas de barrio, tienen instalada en el techo antena parabólica. Ya no hay niños escuchando las narraciones de sus padres, ni señoras sentadas en las mecedoras ni en las banquetas.

Se está perdiendo la esencia del barrio. A medida que avanzan las nuevas tecnologías y traspasan las fronteras de la mancha urbana, los barrios de las zonas rurales caen en las garras de su influjo y entran en decadencia. El mes de julio de 1996 una niña que apenas rebasaba los quince años de edad, tomó la carabina que su padre utilizaba para

cazar conejos y se dio un balazo que acabó con su vida. Un mes y medio después una amiga de la suicida decidió seguir el mismo destino: cruzó un mecate que su mamá utilizaba de tendadero, por la parte alta de un árbol; anudó la soga a su cuello y se dejó caer para morir ahorcada. Nadie ha encontrado explicación a su muerte. No había problemas que la agobiaran, ni penas morales o sentimientos que la orillaran a tomar esa fatal determinación. En el barrio corrió la versión de que las niñas aceptaron la costumbre de jugar con la ouija y un espíritu interior las llamó para que lo acompañaran al más allá.

- Dicen que aún faltan dos - comentó Josefina Ramírez, cuando busqué una explicación lógica a aquella serie de suicidios, como fenómeno social sin antecedentes en Villaldama.

Ramírez no se equivocaba, una tercera amiga del grupo de cuarto intentó darse un balazo, pero no logró su objetivo porque su mamá y sus pequeños hermanitos la descubrieron a tiempo.

- ¡Mírenla, mírenla, ¡ahí está, y me está diciendo que me mate! -gritaba la pequeña, en medio de un ataque de histeria.

Su mamá y sus hermanitos nunca vieron al fantasma de la primera suicida, que según la pequeña venía a ordenarle su muerte. En ese barrio los lugareños esperan la muerte o el intento de suicidio de una cuarta víctima del espíritu de la ouija.

Manuel Morales también se dejó morir al caer bajo el influjo de los ojos verdes de la que sería el amor de su vida. El llegó al barrio muy joven, sin ánimo de hacer fortuna, pero sí de encontrar comprensión en la gente para llevar una vida normal: era sordo.

Con el apoyo de sus hermanos que lo ayudaron en aquel exilio campirano que se impuso, Manuel adquirió un solar a la orilla del arroyo de la Estación, construyó un jacal de adobe y un enorme corral que dedicó a la crianza de cabritos. La falta del sentido auditivo agudizó los otros sentidos, de modo que pudo desarrollar una inteligencia poco común que lo ayudó a sobrevivir en la venta de ganado, en un mercado plagado de intermediarios voraces que no perdían la ocasión para abusar de la gente pobre del barrio. Manuel, *el sordo*, defendía los precios que consideraba justos, y no se dejaba engañar con las cuentas a la hora de convertir a pesos los kilos de sus cabritos, los litros de leche o las piezas de queso. Sobresalió en un mundo que lo consideraba ajeno, compraba trajes y corbatas para asistir a los bailes de aquellos tiempos en que usar sombrero, corbata de moño y traje de rayas, era símbolo de distinción. Fortino de León lo recuerda bailando como cualquier persona normal, porque desarrolló la habilidad de interpretar el ritmo de la música con sólo ver el movimiento de dedos del ejecutante del bajo sexto y

las cadencias de los pasos de las otras parejas que se divertían en las tertulias.

En ese entonces, era atendido por su hermana Margarita Morales, quien al poco tiempo se marchó a Nuevo Laredo, siguió la ruta del amor que le marcó el destino y la llevó a casarse con Félix Garza. Huérfano de padre y madre y olvidado por el resto de sus hermanos, en esa boda Manuel Morales perdió al único ser que lo trataba con cariño, y de un momento a otro se encontró perdido en el monte del abandono. Para olvidar su soledad, concentraba sus esfuerzos en la cría de animales, y había días en que se adentraba en las montañas de la región en viajes de pastoreo nomádico que pocos se atrevía a realizar, por temor a los coyotes de la llanura y a los osos de las serranías. Al regresar al barrio acudía a la tienda de Herminia Acuña para reponer el café, el maíz y la carne seca. Fue en una de esas visitas cuando conoció a Lupita Ríos y quedó prendado de su hermosura. Ella heredó los ojos verdes y la piel blanca de un general de división, que en la época revolucionaria llegó a la estación y demostró su hombría haciendo suya a la mujer que se le atravesara. El militar se marchó a la búsqueda de otras trincheras, sin imaginar que en el vientre de Francisca Ríos germinaba una nueva vida. Fue así que Guadalupe, *Lupita*, Ríos creció con el apellido de su madre y las características físicas de su padre al que nunca conoció. Carente de muchas cosas y obligada a trabajar para ayudar en el sostenimiento

de la familia, Lupita Ríos se incorporó al grupo que trabajaba en la elaboración de ofrendas florales.

Con el pretexto de comprar alimentos que le hacían falta, Manuel Morales asistía frecuentemente a la tienda para verla, y le llevaba quesos recién hechos o leche fresca. Para evitar una ofensa o bien porque aquellos productos hacían falta en su hogar, ella los aceptaba sin imaginar que con ello alentaba el corazón ilusionado de Manuel.

De la tienda, *el sordo*, pasó a la casa de Lupita, a donde llevaba no sólo los derivados lácteos, sino las mejores crías de la manada. De esa manera creyó tener algún derecho sobre Lupita Ríos, a quien celaba sin justificación. En una ocasión estuvo a punto de asesinar a puñaladas a Simón Hernández.

- Si mi mamá no se da cuenta de que me iba a atacar por la espalda y me avisa que tuviera cuidado, no hubiera dado el salto que me salvó la vida - comentó Simón Hernández, quien murió a la edad de 77 años.

Al ver que los años pasaban y Lupita no daba signos de quererlo, Manuel comenzó a perder el sentido de la realidad y de repente se le vio hablando solo en ataque de celos compulsivos, que le hicieron odiar a los demás.

Un día llegó por ferrocarril un músico, entregado a la aventura, viajaba de pueblo en pueblo buscando sustento diario en la armonía de su voz. Cuando escuchó al trovador entonar las canciones más hermosas de aquellos tiempos, Lupita Ríos creyó encontrar al amor de su vida, envuelta en el embrujo sutil de las frases de un bolero. A los treinta y cinco años Lupita Ríos casó con Antonio Pérez, cuya única virtud era su voz, pues era gordo, moreno y bajo de estatura. Nadie en el barrio comprendió por qué esperó tanto tiempo para entregarse a un hombre de características tan comunes. Y el que menos aceptó ese matrimonio fue Manuel Morales, quien el día de la boda traspasó los límites de la cordura y cayó en un estado demencial del que nunca salió. Comenzó a deambular por caminos y callejones, llorando su desgracia, profiriendo maldiciones que eran escuchadas en todos los rincones del barrio, en un entorno rústico carente de ruidos.

Y mientras Manuel perdía su juventud y el sentido de la realidad, Lupita Ríos tuvo a sus hijos, Antonio y Francisca, y su marido iniciaba de nuevo el gusto por la aventura. Sin alguien que las alimentara, las cabras de Manuel Morales salieron al monte siguiendo la ruta del pastoreo nomádico al que estaban acostumbradas y jamás volvieron al barrio, perdiéndose en las escarpadas montañas de la región. Antonio Pérez también se perdió en el laberinto de sus viajes a tierras desconocidas, dejando a sus hijos y

su esposa en el más completo abandono. Preocupada por la suerte de su marido, Lupita Ríos inició una intensa búsqueda por los pueblos unidos por la línea del ferrocarril, hasta que sus pesquisas la llevaron a Monterrey.

- Pobrecita, allá descubrió que era casado, y que tenía otra familia antes de casarse con ella.  
- Comentó Santos de León.

Lupita Ríos regresó al barrio con el corazón destrozado, a buscar en el amor de sus hijos consuelo para su pena. Manuel pasaba los días encerrado en su jacal, abrazado a una almohada a la que besaba y en la que veía el rostro de Lupita Ríos.

En aquel entonces ignoraba los daños que causan los fracasos del amor, de tal manera que vivía feliz mi infancia. En verano diariamente acudía con los niños del barrio al arroyo *La Coyota*, a darme un baño refrescante y a pescar sardinas con una diminuta bola de masa. Pasar por la casa de Manuel Morales era obligado, pues estaba en el camino al arroyo y su patio en forma de barranco, limitaba con el lecho de aguas cristalinas. Me asomaba por las grietas de su morada, lo veía sumergido en las profundidades de su inconsciencia, discutiendo, a veces estrujando la almohada y lanzándola contra las paredes en otras ocasiones. Cuando deambulaba por los caminos y brechas era fácilmente detectable, pues caminaba profiriendo insultos a diestra y siniestra y como no era

capaz de escuchar su propia voz, dejaba una estela de gritos distorsionados a su paso. Manuel Morales murió abrazado de aquella almohada, cuando un leño encendido cayó en el borde de su cama y el fuego consumió la mayor parte del jacal. Su cuerpo no pudo resistir las quemaduras de primer grado y a pesar de que alcanzó auxilio médico, encontró en la muerte alivio para su dolor.

La fuerza del huracán *Gilberto* acabó con los vestigios de la casa de Manuel *el sordo*. En lo que era su solar, Carlos de León construyó una palapa rústica para descansar. El arroyo ahora está seco, carente de aquel manantial donde pasé los momentos más felices de mi vida, cuando nada incierto había en el horizonte, salvo los lamentos de un hombre que llegó a la locura por una decepción de amor.